



**PIENSA EN TI**

**Una historia de dos décadas**

Por  
Dr. Guillermo Fariñas Contreras

Acto de Juramentación de nuevas autoridades rectorales 2022 - 2025

Caracas, 09 de junio de 2022



Pbro. Dr. Ignacio Rodríguez Mayz, vicario del Opus Dei y presidente honorario delegado del Consejo Superior, Dr. Miguel Bravo Valverde, presidente del CS, Dr. Miguel Ángel Galíndez González, secretario del CS, Dr. Francisco Febres-Cordero Carrillo, rector, Dra. María Eugenia Peña de Arias, vicerrectora académica, Esp. Carolina Arcay de López, vicerrectora administrativa, Mg. Ana Beatriz Monteverde Baralt, secretaria general, Mg. Carolina Amaya de Escobar, nueva vicerrectora académica, Esp. Orlando Pérez Caldera, nuevo vicerrector administrativo, Dr. Gerardo Fernández López, nuevo presidente del Consejo de Desarrollo C, H y T, decanos presentes, demás autoridades e invitados especiales, entre los que quiero destacar a la Sra. Marta Oramas de Pérez, esposa del querido rector fundador Enrique Pérez Olivares.

El año 1998 será recordado por dos eventos, ambos de alcance nacional. Uno no lo nombraremos. El otro, muy querido por cada uno de nosotros, ha hecho posible que hoy nos congreguemos: el dos de octubre el presidente Caldera firmaba la autorización para el funcionamiento de la Universidad Monteávila.

En esos días, David comenzaba quinto año de bachillerato. En 1999 asistió en su colegio a una presentación de una universidad que iba a comenzar a dar clases en octubre de ese año. Oyó a profesionales de las cuatro carreras que esa universidad estaba ofreciendo. Le pareció que decían cosas interesantes sobre el enfoque de esos estudios, especialmente sobre Administración, su mayor inclinación. Aunque otras ideas, que oyó de ellos ese día, no las entendía del todo. Por ejemplo, formación integral y educación personalizada. Su familia conocía a algunos de los fundadores. Eran personas honestas y brillantes, que auguraban una buena institución. Oyó hablar de Enrique Pérez Olivares, Fernando Cervigón Marcos, Alicia Álamo Bartolomé y Arístides Rengel Romberg. Con esas buenas impresiones se preinscribió. Presentó un examen de admisión, parecido al de las otras universidades que formaban su pre-selección. Lo que sí le llamó la atención fue la entrevista con un profesor mayor pero cercano, que le preguntó por sus estudios, qué hacía en su tiempo libre y cuál era el último libro o película que había visto y gustado, y por qué. Nunca un adulto -que no pertenecía a su familia- le había prestado tanta atención. Esa entrevista fue la que lo terminó de convencer a inscribirse en Administración. Había comenzado a experimentar lo que llamaban educación personalizada.

El lunes 4 de octubre de 1999 acudió a la universidad. Supo que eran menos de 100 sus compañeros de promoción. No se sabe si eran locos o valientes, al sumarse a una nueva iniciativa de educación superior. Oyó las palabras de bienvenida de las autoridades de su facultad. Recibió un folleto bien impreso que mostraba el horario del semestre y, para cada materia, una 3-4 páginas de textos y cuadros. En ese momento le pareció que era mucha información. Luego acudiría a ese cuadernillo para ubicarse en cada materia y su temario, y, más importante, los criterios de evaluación. Le llamó la atención que no solo había exámenes, sino trabajos, ejercicios,





y algo que no entendía: el método del caso, y que terminaría gustándole por su dinamismo, su aplicación práctica, y que les exigía a todos dar su punto de vista sobre el dilema planteado. Le agradó que desde el primer día todos los profesores lo llamaban por su nombre. El decano era un personaje, muy ocurrente y cercano a todos los alumnos.

Tanto ese semestre como los siguientes vio materias a la que no les encontraba mucha relación con su carrera, pero que, según las autoridades de la facultad, eran muy importantes: esa formación humanística era parte esencial de todo buen profesional. Luego entendió que también era imprescindible para ser buena persona. Él, en broma, las terminó agrupando bajo la etiqueta de “los indiecitos, marcianitos y angelitos”, en clara referencia a las historias de Iberoamérica y de Venezuela, a la filosofía en Realidad y conocimiento, y la teología en Temporalidad y trascendencia. En ese momento él, como la mayoría de sus compañeros, no se daba cuenta de que esa formación le daba contenido y método para pensar y expresarse con más propiedad sobre la realidad. En la presentación de su trabajo final de pasantía, su tutor empresarial hacía un buen resumen de esto: “con David se puede conversar sobre muchos temas de actualidad”. De hecho, oír hablar bien de libros de historia y de pensamiento lo habían motivado a leer obras como El hombre en busca de sentido, Iberoamérica, una comunidad, y Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva, entre otras.

Los profesores combinaban experiencia en sus áreas de enseñanza, un profundo conocimiento de las mismas y capacidades docentes. Eran exigentes, pero a la vez cercanos. Más de una vez se quedó un rato en el aula con la profesora de Matemáticas para que le explicara otra vez un razonamiento cuantitativo. O acudía a las horas de consultoría donde, con paciencia y amabilidad, el profesor de Contabilidad le explicaba conceptos contables y su aplicación.

Las evaluaciones eran exigentes. Hizo rápidamente un grupo de estudio. Esos compañeros se convirtieron en panas de toda la vida. Hoy, luego de casi veinte años de graduado, la amistad se ha afianzado. Fue parte del cortejo en la boda de Juan y es padrino de la hija mayor de Amanda. No era infrecuente conseguirse en el pasillo con el vicerrector académico, quien pronto se aprendió su nombre, y consiguieron temas comunes de conversación. Al profe le gustaba usar adjetivos, y explicaciones largas y sugerentes. Un día le dijo algo que no comprendió: “aquí todo está hecho y todo está por hacer”. Intrigado por esa expresión la próxima vez que coincidieron le preguntó qué significaba aquella frase. Y le explicó: las ideas de quienes emprendieron la universidad, y que recogían una tradición multiseccular, eran el fundamento. Por ejemplo: siempre se buscaría incidir en la formación integral desde un humanismo cristiano. Y buscando en su biblioteca leyó una frase en un libro titulado Josemaría Escrivá y la universidad: No hay universidad propiamente dicha en las escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes. Y seguía afirmando el profe: Así, todo está





perfilado, hecho en potencia -noción filosófica que ya entendía por las clases de Realidad y conocimiento-. Pero a la vez, todo está por hacer: Primero porque cada alumno es una novedad, luego porque cada profesor puede y debe ser fuente de lo nuevo. Envejecer académicamente -sentenciaba- significa, precisamente, no esperar ya nada nuevo de ese encuentro con ustedes, estudiantes.

Un ejemplo de la buena relación de profesores y alumnos era la del profesor de Matemáticas financieras, quien era muy cercano a todo el grupo. Un día los invitó a subir al cerro. Fueron casi todos un sábado en la mañana, y la pasaron muy bien. Ese día entendió mejor lo de comunidad de personas, y algo también del lema en el escudo de la universidad, que el rector fundador se los había traducido y explicado en un primer encuentro que tuvieron con él al poco de llegar a la universidad. En el escudo de la universidad se leía: supra monten posita: puesta sobre la montaña. Y les dijo: Hay que seguir aspirando a ir a la cumbre, y en el camino inspirar a otros.

Ese trato cercano no solo lo conseguía en los profesores o las autoridades de la facultad, sino también en Control de Estudios y Administración. Su familia estaba pasando por un momento difícil, y se acercó al vicerrector administrativo para pedir una beca. Cuando éste le dijo que debía ser su representante quien la solicitará se molestó porque era mayor de edad y se sentía con confianza y seguridad de hacerlo él por su cuenta. Luego tuvo -junto a su papá- una entrevista con el vicerrector, quien amablemente les explicó las condiciones de esa ayuda y las buenas calificaciones que debía tener para mantenerla. Fue un reto, que le ayudó a esforzarse más hasta culminar sus estudios. En retrospectiva, ese apoyo fue clave en su vida. Quedó eternamente agradecido con la Monteávila. Luego supo que uno de cada cuatro de sus compañeros recibía un apoyo económico. Y se dijo a sí mismo: cuando me gradúe voy a apoyar al fondo de becas.

En el segundo año, ya con más estudiantes, se organizó el deporte. Los equipos de administración ganaron el doblete: fútbol sala y voleibol femenino. En un juego de fútbol uno de sus compañeros se cayó y se golpeó en una ceja. Mucha sangre manó, y fue atendido por el nuevo decano, quien estaba animando el juego, y quien le puso un pañuelo en la herida y lo llevó a emergencia de una clínica a que le cosieran unos puntos.

El clima político tendía a la polarización, y algunos pedían que la universidad fuera más activa en su posición en la sociedad. Un día vio al rector fundador hablando con Casimiro, el jardinero, lo cual no era infrecuente. Y lo interpeló en ese sentido. Palabras más, palabras menos, le oyó decir: La misión de la universidad es misión formativa. No le compete, pues, la resolución inmediata de las cuestiones e inquietudes que agitan a la sociedad, sino más bien la de iluminarlas desde la verdad, lo que implica responsabilidad social y sentido del deber, pero, a la vez e inseparablemente, conciencia del límite de los pareceres humanos, espíritu de diálogo, capacidad





de convivencia. Le toca a cada uno de los que integran esta institución decidir qué hacer por su país, qué postura política asumir, pero sin olvidar la necesidad del diálogo. Eso lo entendió muy bien cuando años después un primo suyo -que se había inscrito en la UMA por su recomendación- estaba participando activamente en marchas y manifestaciones.

La universidad tenía una capilla, por algunos llamada oratorio. Nunca fue a misa, pero sí algunas veces a rezar por un examen más difícil. Un día preguntó al director de la escuela quien era el de la estatua en un lateral de la capilla, y le dijo que era san Josemaría Escrivá, cuyas enseñanzas habían inspirado al grupo promotor a fundar esta universidad. En concreto, le dijo que el santo siempre había enseñado que la universidad no puede vivir de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres.

También supo que el prelado del Opus Dei había visitado la universidad. Preguntó si eso confirmaba que la UMA era del Opus Dei, y le explicaron que no, pero que, sin el apoyo moral y doctrinal de esa institución, la Monteávila sería otra cosa o no sería...

El capellán era un sacerdote altísimo, con media sonrisa en la cara. Con frecuencia lo veía dando clases a profesores. Mucho debía saber para ser maestro de maestros. Un profesor -que luego sería decano- le comentó un día que esas clases de filosofía le habían cambiado el modo de ver la vida.

En esos años se acuñó como lema de la universidad: una amistad inteligente. Lo entendió porque recordaba sus clases de Persona y Organización donde un tema era la amistad en la empresa, en qué consistía la verdadera amistad y las condiciones para que surgiera. Nunca lo olvidó: procuraba cultivar intereses comunes, ayudar a sus panas y dejarse ayudar por ellos, que algunas veces era, para ellos, corregirlo a él.

Llegó el momento de la pasantía. Pensó que iba a ser difícil conseguir hacerla en una buena empresa, pero ya el prestigio de la Monteávila había llegado a algunos oídos, y se la ofrecieron en una importante multinacional. Ese año fue duro, trabajo en el día e iba a clases al final de la tarde. Eran materias muy aplicadas, incluidas algunas electivas con temas vigentes: Mercado de capitales y Emprendimiento. Las mejores discusiones eran a partir de los casos de ética empresarial. Se dio cuenta que sus decisiones eran acertadas, y la materia le daba buenas razones para ser lo que le habían enseñado en su familia: un profesional honesto, a pesar de las dificultades del entorno. De hecho, el tema que más le había gustado por su vigencia era el de la lucha contra la corrupción.





Llegó el esperado día de la graduación. No fueron muchos, pero sí celebraron como mil. Presenció una conversación entre una mamá y el director de la escuela de Derecho. Ella le agradecía lo que habían hecho por su hija, a lo que contestó el director: señora, nosotros construimos sobre los fundamentos que ustedes en su hogar plantaron. Felicitémonos mutuamente. ¡Cuán cierto!, pensó David.

David se unió de forma activa a la Asociación de egresados. Vino a un desayuno de egresados con el rector que los promovió. Pasados los años y en consideración a su identificación con la institución lo invitaron a participar en el branding de la universidad. Se trataba de hacer más fácil de entender la identidad de la Monteávila. Uno de los frutos fue el nuevo lema: Universidad Monteávila, piensa en ti. Y su doble lectura le quedó meridianamente clara: la UMA piensa en cada uno de sus alumnos, pero, lo más importante, los empodera para que cada uno piense en lo que más le conviene y se esfuerce por ello.

Un poco luego, aquel profesor del que oyó hablar sobre la carrera de Administración en su colegio en el lejano 1999 fue designado rector. Lo llamó tan pronto supo de su designación, y juntos se tomaron un café. ¿Cuáles son sus planes para nuestra universidad?, le preguntó David. Tendrás que venir a las graduaciones de noviembre para oír mejor lo que el nuevo equipo rectoral está pensando. Pero te adelanto algunas cosas. La Monteávila, igual que hace más de veinte años cuando tú entraste, sigue comprometida con la formación de las personas, no solo de los estudiantes de pre y postgrado, sino con la de todos los que participamos en esta aventura. Sabemos que esa misión de formación se extiende a toda la sociedad, y por eso impulsamos cada vez más el desarrollo profesional.

Soñamos con el futuro de una universidad con una mayor oferta académica, internacionalizada, con un campus amplio y bien dotado, con aliados nacionales y extranjeros que nos ayuden a impulsar nuevos planes y llegar a más sectores sociales... y estamos convencidos de que, con esos sueños nos quedamos cortos. Nuestros logros de estos casi veinte y tres años nos han demostrado que el futuro depende de cada uno de nosotros.

Podría seguir con la historia de David, su crecimiento personal y profesional, la familia constituida, su agradecimiento a los profesores, y su generosidad para ayudar a los proyectos de crecimiento de la universidad. Quizá aquel primer día de clases no pensaba en nada de esto, y la Monteávila le ayudó a planteárselo y acometerlo. ¿Por qué escogí a David y no un profesor o un directivo? Porque esta universidad ha tenido desde sus comienzos el claro propósito de impactar positivamente en sus estudiantes. Y porque no hay universidad sin alumnos.

Quise con este personaje ficticio recordar algunos aspectos esenciales de la universidad.





Es necesario dedicar unas palabras de agradecimiento y reconocimiento al equipo rectoral saliente. Han trabajado muy bien en medio de circunstancias extraordinariamente difíciles. Pido un aplauso para ellos.

Y recuerdo que una universidad es un esfuerzo mancomunado, de muchos. No rehúyo responsabilidad sino reconozco el aporte de todos. Sé que la Monteávila cuenta de nuevo - salvando a quien lo dice- con un buen equipo rectoral, al que le apoya el esfuerzo de todos los que hacen vida en esta institución.

Quiero dirigir un recuerdo a mis padres y a mi abuela paterna. Mi padre fue profesor universitario. Pienso que heredé de él la pasión por enseñar. Mi madre se sentía muy orgullosa de haberme conseguido una beca para estudiar ingeniería de sistemas. Y mi abuela Lourdes siempre veló que no me faltaría nada para poder concentrarme en los estudios. Me acompañan hoy mi hermana, María Eugenia Grillet, otra universitaria de la UCV, miembro de la Academia de Ciencias, a quien le corresponde la silla del querido Dr. Fernando Cervigón, y ha sido recientemente incorporada a la Academia de Ciencias de América Latina. Veo también a mis primas Odor, que representan a mi querida tía Hilda ya casi centenaria. Sé que siguen la transmisión de este evento mis hermanas Francis y Mónica, mi tía Zoraida y su hija Tatiana, y otros primos. Y un buen grupo de personas queridas, también fuera de Caracas y de Venezuela. Pido a ellos y a ustedes una oración diaria por la gestión del nuevo equipo rectoral.

Muchas gracias y que Dios nos bendiga.

